

San Bernardino de Siena, franciscano de la observancia y fervoroso predicador

Noticia de su vida

Nacido en Massa Marittima, en el territorio de Siena, en 1380, entró en la Orden franciscana a los veintidós años (1402), después de haber recibido una buena formación cultural en la universidad de Siena. Tras su curación de la peste (1400) se dedicó a la predicación desde 1417, sustituyendo por casualidad a un predicador enfermo. Durante los primeros quince años no destacó demasiado, como ocurrió, en cambio, en los últimos años de su vida, cuando, probado por las acusaciones de los difamadores, su palabra se hizo más ardiente y arrebatadora.

De 1438 a 1443 tuvo la misión de reformar la Orden franciscana, llegando a vicario general de la observancia. A duras penas, sin embargo, logró reconciliar en parte a «conventuales» y «espirituales». Intervino también en la reforma de los estatutos de varias ciudades, como Siena y Perugia, adaptándose a la severidad de las leyes del tiempo (la hoguera para los «malditos sodomitas») y aceptando la disciplina judicial contra los culpables (pero rebosante luego de misericordia).

Demostó un gran respeto por las mujeres, que eran frecuentes interlocutoras de sus prédicas, y trató con papas (como Martín V, Eugenio IV y Nicolás V) y con emperadores (como Segismundo I), rechazando siempre honores e incluso el episcopado. Es más, desafió a Felipe María Visconti, que intentaba comprar en Milán el silencio por cincuenta ducados, afirmando: «Me da tanto miedo como una mosca». Murió durante el viaje hacia Nápoles, la víspera de la ascensión (1444). (E. Lodi)



El Greco: San Bernardino de Siena

Sobre su perfil teológico y espiritual escribe su hermano de Orden, A. Gemelli:

Si bien no existe originalidad especulativa en el Santo, aparece evidente la fuerza asimiladora, unificadora y sintética de un hombre que sabe meditar y templar problemas dogmáticos y morales. San Bernardino se apropia esa piedad cristocéntrica que, vivida intensamente por el gran Estigmatizado, se volvió teología con Alejandro de Hales, San Buenaventura y Escoto.

El Cristocentrismo de San Bernardino se expresa en forma concreta e icástica, antigua por la substancia, nueva por la manifestación, adecuada, al mismo tiempo, a la naturaleza del Santo y a las tendencias de su siglo: la devoción al Nombre de Jesús. **Ese trigramma inscrito en el sol** no podía significar mejor la concepción bernardiniana de Dios y de la vida, ni responder mejor al deseo de belleza y de alegría propio del siglo XV. Cristo es el centro del universo, es calor, luz, fecundidad, salvación, felicidad no sólo de todo hombre, sino de toda criatura animada o inanimada; es rey de los siglos. Cristo es verdad, sabiduría, belleza y amor, sobre todo amor que se da irresistiblemente. El que resiste a su acción se encierra en las tinieblas: «Abre la ventana si quieres que el sol entre en tu alma, y en seguida, cuando la hayas abierto, el sol entra y te calienta para bien obrar».

Esa ternura impaciente que San Francisco sentía por la humanidad de Cristo y que se manifiesta en su culto por el pesebre y por la cruz, se renueva en la devoción al Nombre de Jesús de San Bernardino.

Una muestra de su predicación

El nombre de Jesús es la luz de los predicadores, pues es su resplandor el que hace anunciar y oír su palabra. ¿Por qué crees que se extendió tan rápidamente y con tanta fuerza la fe por el mundo entero, sino por la predicación del nombre de Jesús? ¿No ha sido por esta luz y por el gusto de este nombre como nos llamó Dios a su luz maravillosa? Iluminados todos y viendo ya la luz en esta luz, puede decirnos el Apóstol: En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de la luz.

Es preciso predicar este nombre para que resplandezca y no quede oculto. Pero no debe ser predicado con el corazón impuro o la boca manchada, sino que hay que guardarlo y exponerlo en un vaso elegido.

Por esto dice el Señor, refiriéndose al Apóstol: Ese hombre es un vaso elegido por mí para dar a conocer mi nombre

a pueblos, reyes, y a los israelitas. Un vaso –dice– elegido por mí, como aquellos vasos elegidos en que se expone a la venta una bebida de agradable sabor, que el brillo y esplendor del recipiente invite a beber de ella; para dar a conocer –dice– mi nombre.

Pues igual que con el fuego se limpian los campos, se consumen los hierbajos, las zarzas y las espinas inútiles, e igual también que cuando sale el sol y, disipadas las tinieblas, huyen los ladrones, los atracadores y los que andan errantes por la noche, así también cuando hablaba Pablo a la gente era como el fragor de un trueno, o como un incendio crepitante, o como el sol que de pronto brilla con más claridad, y consumía la incredulidad, lucía la verdad y desaparecía el error como la cera que se derrite en el fuego. (Sermón 49)